



Tlatelolco. ¿Sueño?*

Jorge A. Villamil Rivas

joalvillamil@yahoo.com.mx

Octubre, 1968

No acostumbro escribir páginas de diario ricas en experiencias personales sin mayor interés o relevancia para nadie. Pero hoy, alejado de mi entorno, casi en el exilio, aunque en realidad refugiado en la playa donde, cobarde, he venido huyendo, me siento con el corazón estrujado, me siento conmovido... y quiero escribirlo... sin medir interés o relevancia.

Es verdad aquello que afirma que en tierra de ciegos, el tuerto es rey... se siente un rey... Y así me ocurrió.

Yo he sido, hasta ahora, nada menos que un revolucionario radical, de esos que habrán de cambiar al mundo, esos que con la palabra audaz y el gesto viril en tiempos tranquilos, combaten a la sociedad opresora. Con encono inaudito, con conocimiento

* Versión original en noviembre de 1968



profundo, con valor increíble, y otras supuestas cualidades de mi fantasía, he denostado al opulento y sintiéndome poseedor de la *verdadera verdad verdadera* y a muchos invité a participar “en la lucha”... en tiempos de paz.

Ahora ha corrido la sangre: Multitudes encendidas pero ensombrecidas atestiguan el terror. Masas de estudiantes en rebelión, han sentido el furor del combate real y desproporcionado, el zaherir de la prensa, el odio de golpeadores,

el picar de bayonetas, la penetración hiriente, mortal, de una bala en el cuerpo, de la prisión incierta, sombría...

Cuando vino la primera gran derrota, ¿qué hice? Huí. Estuve sin inmutarme ante la tropa armada; incluso sonriente, me planté retador ante los tanques¹, esperé a las turbas ordenadas y disciplinadas pero turbas al fin, de los hombres de uniforme, casco y fusil, probé fugazmente la prisión y no me supo tan amarga, más aún, me reafirmó.

Pero un día, hace pocas semanas, en Tlatelolco, vi llegar el horror: las hordas de aquellos del casco y fusil y otros que no tenían casco y fusil pero sí un guante o vendaje blanco en una mano como medio de identificación, y en la otra una pistola que supongo era de alto calibre, disparaban inmisericordes sobre miles de inocentes que minutos antes escuchaban

¹ En realidad eran tanquetas.

la palabra regeneradora y rebelde de una juventud cansada de la represión. Al final de esa tarde abundaron los muertos; los heridos se multiplicaron hasta el infinito; las armas no callaron sino hasta después de haber consumado una horrible masacre... Y me intimidé.

En la turbulencia de mi memoria aún recuerdo a una joven madre que desesperada abrazaba a su hijo de pocos meses mordiéndose los labios para no mostrar con lamentos su angustia. Todavía puedo ver el rostro del niño de unos diez años que, llorando espantado, pedía que lo dejaran ir hasta su casa con su mamá. Inolvidable es el gesto retraído del catedrático universitario que, solemne, declaraba que el *Estado de Derecho* había muerto, mientras se refugiaba tras los muros del departamento vacío en el que tres o cuatro decenas de los antes curiosos y ahora asombrados e indecisos espectadores, nos protegíamos de la metralla y la muerte. Fue él quien me ilustró acerca de la verdad evidente: los disparos eran reales y no *salvas* como se llegó a suponer.

Era el noveno piso del edificio de tres secciones llamado Chihuahua.

Desde abajo, el sonido de las botas golpeando el piso, la estridencia de los gritos de dolor y de rabia, las frases militares exigiendo sumisión y los aislados insultos que brotaban de algunas escondidas ventanas, eran menguados por el ulular de sirenas de ambulancias y carros militares y sobre todo por el estruendo de los disparos de fusil y el traquetear de metralletas.

Minutos antes, desde ese piso noveno, primera sección, donde se ubica una de las terrazas con vista a la plaza, conjuntos de estudiantes y curiosos observábamos una explanada plétórica de gente ofendida y combativa que aplaudía con devoción a un núcleo de ferrocarrileros que hacía su entrada para ocupar un lugar dentro de la multitud, portando un estandarte con mensajes de solidaridad. En

otra esquina de aquella plaza llamada de Las Tres Culturas, un grupo de los asistentes formado en dos filas diagonales convergentes daba la visión de una “v” símbolo de la victoria; simbólica figura usada en otros tiempos y por otros seres humanos en batallas contra el fascismo, contra el militarismo. La historia cambia, la sociedad avanza pero algunas ocurrencias se arraigan y se quedan.

De pronto, en aquella reunión de protesta política, que dejaba ver el renacimiento ciudadano, se escuchó un ruidoso y confuso murmullo.

A lo lejos, allá en el puente donde la calle marca el final de la plaza, la gente corría desfavorida. En lo alto, la curiosidad creció y cuando los ojos clavarón la vista con fijeza en aquel movimiento descubrimos una aplanadora humana de color verde olivo que portaba fusiles, bayonetas, metralletas, cascos y botas con la obvia intención de disolver la concentración: ¡el Ejército!. La multitud comenzó a gritar, se escucharon porras y consignas reclamando libertad. En los corredores de las tres secciones de aquel gran edificio, aparecieron hombres cubiertos con gabardina gris y una mano en el bolsillo, ocuparon los descansos de las escaleras y obstruyeron el paso a las numerosas personas que en tropel queríamos bajar de las terrazas hasta la salida.

En cierto momento, una luz verde (o roja, o las dos, no lo puedo discernir, ni ubico el momento preciso) apareció en el cielo por encima de la colonial iglesia que adorna la plaza. Se escucharon disparos, cientos de disparos, que cada minuto se acrecentaban, disminuían y volvían a crecer... La muerte apareció...

Quise correr, quise bajar. No se podía. Las últimas imágenes que vi desde lo alto fueron muy imprecisas, cientos de personas tiradas en la plaza, otras que corrían para ambos lados del edificio, grupos de soldados que apuntaban



Jorge A. Villamil Rivas

Realizó sus estudios de licenciatura en Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y estudió la maestría en Filosofía de 1996 a 2000. Es profesor jubilado titular “C” de tiempo completo del Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH) plantel Azcapotzalco, de 1973 hasta 2019. Fue Consejero Universitario de la UNAM durante en el período 1988 a 1993. Ha impartido numerosas ponencias y conferencias y publicado libros, ensayos y materiales de estudio entre los que destacan *Ensayos filosóficos*, *Clásicos de la Filosofía*, *Introducción a la Filosofía*, editados por la UNAM y la Secretaría de Educación Pública (SEP). Así como su libro *El Movimiento Estudiantil de 1968* (Claves Latinoamericanas, 1995). El profesor Jorge Villamil Rivas también ha sido articulista del diario *Uno Más Uno*, de 1984 a 2003, y del Semanario *Cómo*, de 1988 a 2001. Fue miembro de la dirección fundadora de la Preparatoria Popular de 1968 a 1972.